

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

¿Por qué se detiene?

Saulo iba en busca de los cristianos para llevarlos encadenados y hacerlos encarcelar. De camino hacia Damasco fue detenido súbitamente por un resplandor que lo cercó (Hechos 9:3) y Jesús, el Señor, le habló. Estas breves palabras de Aquel que conoció el sufrimiento pero que ya estaba en la gloria, del que se identificaba con los suyos perseguidos, atravesaron el corazón del perseguidor como un puñal. Ciego, “a causa de la gloria de la luz” (22:11), Saulo fue llevado a Damasco y allí, en ayuno y oración, esperó.

Entonces Ananías, “varón piadoso”, le fue enviado por Dios. Saulo recobró la vista y escuchó estas palabras: “El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca. Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído. Ahora, pues, **¿por qué te detienes?** Levántate...” (Hechos 22:14-16). El futuro apóstol obedeció esta orden. “En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios” (9:20), y esto durante “muchos días”. Al que durante tres días había estado en oración y aflicción en su presencia, Dios le pedía ahora que le sirviese.

Como Saulo, hemos sido escogidos “desde el principio” (2 Tesalonicenses 2:13), para conocer la voluntad de Dios revelada en su Palabra. Nosotros también de alguna manera

hemos visto al “Justo”, clavado en la cruz infame por nuestros pecados, por mano de hombres inicuos. En la Palabra de Dios lo vemos seguir su camino doloroso desde el pesebre hasta la cruz, y luego ser llevado al cielo, de donde vino. Oímos las palabras que salían de su boca, “la gracia se derramó en tus labios” (Salmo 45:2); pero también resuenan las palabras que nos llaman a seguirle en un camino de sufrimientos, de renunciamiento, pero de gozo interior. En las circunstancias más sufridas, ¡qué testigo sería el apóstol durante su vida, al servicio de ese Señor, a quien había encontrado y de cuya gracia había gozado! ¿No quisiéramos ser sus testigos, movidos por su amor y por la fuerza que él nos da, allí donde nos coloca, pese a nuestra flaqueza? Escuchemos la pregunta: “**¿Por qué te detienes?** Levántate”.

¿Por qué tarda usted en contemplar a Jesucristo, ese Salvador que la Palabra nos muestra en su dependencia, su obediencia, su humanidad perfecta, su gozo al cumplir la voluntad de su Padre? ¿Por qué tarda en verlo en su amor desplegado hacia todos, pequeños, débiles, enfermos, afligidos, desalentados, humillados... verlo en su devoción, mas también en sus perfecciones y glorias? Somos exhortados a verlo, a contemplarlo, a fijar los ojos en él, a considerarlo glorioso a la diestra de Dios su Padre. En la calma, como María sentada a sus pies, escuche usted la voz de aquel que revela al Padre, la voz del buen Pastor que conoce todo. Esté vigilante y cierre su oído a las mil voces humanas y mundanas que lo tientan.

Como el israelita juntaba cada mañana el maná según lo que podía comer (Éxodo 16:16), no tarde en tomar de las Escrituras, diariamente, la provisión necesaria para el alimento de su alma. En su juventud, mientras la memoria es fiel, estudie las Escrituras, guiado por el Espíritu Santo y con oración. Ah, no

se detenga. Si supiera cómo los mayores lamentan haber desperdiciado tanto tiempo durante la juventud.

¿Por qué se detiene? Apártese de lo que retrasa su crecimiento espiritual, de lo que constituye un obstáculo a su comunión con el Señor y que le retiene dolorosamente lejos de él. No tarde en cortar con una compañía que le atrae, un afecto que le encadena, un proyecto que acaricia, un objeto que codicia, ni en otorgar un perdón o pedir disculpas.

¿Por qué tarda en acercarse a Jesús con su carga, con su tarea diaria, la preocupación por sus estudios o su formación profesional, sus decepciones, sus razonamientos, murmuraciones, impulsos de corazón? A usted también el Señor le repite: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí...” (Mateo 11:28-29). Sí, puede aprender de él, el Maestro divino, el perfecto Instructor. Pero él también quiere cargar con lo que es demasiado pesado para usted, para que no esté abrumado, sino liviano, y pueda seguir su camino confiado. Acérquese a él diciendo: “Hazme oír tu voz; porque dulce es la voz tuya” (Cantares 2:14). Dígale todo. Sólo él comprende y obra con poder y simpatía divina. Él quiere responder a su oración para que usted esté lleno “del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que (ande) como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecido con todo poder, conforme a la potencia de su gloria” (Colosenses 1:9-11).

¿Por qué tarda en cumplir el servicio que el Señor le pide? Usted también tiene un servicio de adoración, un servicio en la asamblea, un servicio que llenar en la dependencia del Espíritu, un servicio de intercesión por los que están cerca y

los que están lejos, por aquellos que le son queridos y por quienes, aunque no los conozca, ama en Jesús. ¿Ha orado por su hermano, por su compañero, su vecino, por ese enfermo, por aquel afligido? Está bien. Pero ahora, **¿por qué se detiene? Levántese y vaya**; el Señor pondrá en su boca Sus palabras. Vaya a hablar de él, de su Salvador, pues usted es responsable de esa alma angustiada; lleve la Palabra, el tratado, el texto, el corto pero apremiante mensaje. Tal vez usted piense que este es el trabajo del misionero, del predicador o de un hermano mayor. Fíjese en la edad de Isaías y Jeremías cuando Dios les hablaba (Isaías 6; Jeremías 1).

Sin embargo, permanezca en contacto con el Señor, cerca de él, morando en el santuario. En el exterior del tabernáculo, el sacerdote veía la luz del sol, la luz natural. Pero apenas penetraba en el lugar santo, sólo la luz del candelero lo iluminaba. Esto es lo que usted necesita: la luz divina (Éxodo 25:31; 27:20-21).

Después del encuentro con el Señor, el apóstol Pablo obedeció a la palabra de Ananías. ¿No quiere usted también, sin esperar más, obedecer al Hijo de Dios, el cual le amó y se entregó a sí mismo por usted? (Gálatas 2:20). **¿Por qué se detiene? Levántese.**

H. Jn. (adaptado)

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).